

les, aunque había más riqueza, pero no los esmeros de alhajas y curiosidad, en que hoy, sin dejarse igualar de muchas, no rinde parias á las ciudades más lucidas de Europa. Galas, luces, músicas, danzas, en particular de los indios, que aún conservaban los ricos y vistosos adornos de plumería de que se ataviaban en sus mitotes, que así llaman á sus bailes. Con este aparato salieron de México el Ilustrísimo Obispo, la Clerecía y Religiosos que entonces aún no eran muchos, el Cabildo secular con su cabeza, llevando la milagrosa Imágen debajo de palio ricamente aderezado.

Llegaron á la nueva Iglesia de Guadalupe; bendijola y dedicóla el Prelado, santificándola con el depósito y posesión de la Venerable Imágen, que desde aquel día quedó en aquel sitio con nombre de la VIRGEN DE GUADALUPE, como lo mandó la Señora, y su Patronato anexo á la dignidad Obispal, (que poco después fué Arzobispal) y hasta este tiempo lo conservan y gozan como suerte del Señor y de la Señora, sus Ilustrísimos sucesores.

En esta Iglesia la adoró y veneró la piedad mexicana casi noventa años, frecuentando las visitas devotas, así de la Santa Imágen como de los sagrados lugares santificados al contacto de las Sagradas plantas de la Madre de Dios, correspondiendo esta Señora á sus piadosas finezas, con milagros que obraba y beneficios que recibían, hasta que el agradecimiento y la devoción juntó tan buena cantidad de limosnas, que hubo con qué edificar otra Iglesia, que bendijo y dedicó el Ilustrísimo Señor Don Juan de la Serna, Arzobispo de México, por el mes de noviembre del año de mil seiscientos y veinte y dos años. Esta es la que permanece, plantada á poca distancia de la primera, teniendo al cerro por resguardo del cierzo. Es de bastante capacidad y de hermosa arquitectura, con dos puertas, una que mira al poniente, por un costado, y sale á un espacioso cementerio, hermoso su muro de almenas, el cual por aqueste lado tiene una entrada capaz y desahogada que mira á la plaza, con una bellísima Cruz de cantería que hace labor en ella. Otra al mediodía, que tiene casi enfrente á México, con su portada y dos torres que acompañan vistosamente su arquitectura. El techo es de media tijera, de artezones curiosamente labrados, con más esmero en la Capilla Mayor, que es una piña de oro, donde estaban pendientes más de sesenta lámparas de plata, grandes y pequeñas. El Altar Mayor, á la parte del norte, tiene su Retablo de tres cuerpos, en la escultura de buen arte, en lo dorado y estofado de todo primor. En medio de él está un Tabernáculo de plata macisa, de más de trescientos y cincuenta marcos de peso, cuya materia, con ser tanta y tan preciosa, cede á los primores del arte con que está labrado. En este está colocada la Santa Imágen, debajo de puer-

ta y llave; y es la puerta de dos bellas lunas de cristal, tan grandes, que cogen la Imágen de pies á cabeza, además de dos ricos velos ó cortinas con que está retirada á la vista cuando no se dice Misa en el Altar Mayor, ó cuando no hay personas de respeto que para velar ante Ella piden se corran, y entonces se encienden las luces del Altar para mayor adorno y reverencia. Costeó en gran parte este rico Tabernáculo, y ofreciólo á la Madre de Dios, la piadosa generosidad del Excelentísimo Señor Don García Sarmiento de Soto Mayor y Luna, Conde de Salvatierra, uno de los más acreditados y celosos Virreyes que ha tenido la Nueva España, y de los que más se han esmerado en el culto y veneración de este Santuario. Y creemos le valió el patriocinio de esta Señora, en los amagos de otra inundación que se temió con mucho fundamento en su tiempo, por haber llovido demasadamente, y haber roto los husillos y compuertas de las calzadas de las lagunas superiores, la pujanza del agua de ellas, y ocupado los arrabales de México su creciente; el cual, como á Patrona jurada contra las avenidas de la laguna, le ofreció y dedicó este Trono, como reconocimiento y memoria de su gratitud.

Otras ricas y curiosas preseas, de frontales de plata, y de brocados, blandones, candeleros, cálices, lámparas y demás alhajas de altar, han presentado otros Virreyes, Arzobispos y Señores, así eclesiásticos como seculares, que describiré en otro lugar por menudo, al ménos los más relevantes, porque no falte la memoria agradecida de los que por esas y otras buenas obras, creemos piadosamente tiene Dios escritos en aquel su libro de memoria eterna en que están escritos los justos.

CAPITULO IX.

De los otros sitios que santificó la Virgen con su presencia.

Los demás lugares que consagró la Santísima Virgen con sus plantas, aunque no tienen tan suntuoso adorno como el que ocupa la Iglesia, y que eligió para su milagrosa Imágen la misma Señora, pero están con la decencia que pide la religiosidad de aquel venerable sitio. El en que entregó las flores á Juan Diego, y fué donde se erigió la primera Iglesia, estuvo mucho tiempo con solos unos paredones viejos, reliquias de ella, y que sólo servían de acordarnos que allí había estado la Santa Imágen, y dado en él la Soberana Virgen principio á su maravillosa pintura, hasta que el Lic. Luis Lazo de la Vega, (de quien he hecho debida mención otra vez) siendo Cura y Vicario del Santuario, labró á costa de los indios y á diligencias suyas, en él una Capilla, ó Iglesia pequeña, hermosa.

mente acabada, con su Altar, y Retablo dorado en que hizo pintar de buena mano á la Soberana Reina de los Angeles, entregando á Juan Diego las flores que había de llevar por señal al Obispo, y puso en ella otras pinturas y aseos necesarios para una Iglesia. Y este es uno de los puestos que visitan los que van en romería á aquella Santa Casa, en reverencia del milagro que allí se obró; y tuvo de él tanta estima y devoción el Bachiller Miguel Sánchez, devotísimo de la Sagrada Imágen y Santuario, que se mandó enterrar en él, cerca de la sepultura de Juan Diego y Juan Bernardino; esperando oír, entre dos tan amados y favorecidos de la Señora, seguro, la voz del Ángel que ha de llamar á juicio á los muertos.

El sitio en que oyó Juan Diego la música del Cielo, y vió en medio de un Arco Iris á la Virgen Nuestra Señora, y en que recibió por dos veces los mensajes que traía de resulta del Obispo, y en que cortó por su mandado las flores, estuvo más de un siglo con una sola cruz de madera, á que servía de peana un túmulo de piedras, cuyo adorno eran las ramas de algunas matas y plantas silvestres que el tiempo había criado al rededor de él. Esta cruz servía de conservar la memoria de él y de los soberanos beneficios que en él se obraron; el cual adoré yo algunas veces en aquella inculta, pero venerable forma. Reservóse la cultura y adorno de este paraje, á la piedad de Cristóbal de Aguirre y Doña Teresa Pelegrina su mujer, que en tiempo del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fray Márcos Ramírez de Prado, Obispo ántes de Michoacán, y después Arzobispo dignísimo de México, le labraron una hermosa Capilla con su Retablo y muy buenos pinceles de la Aparición, en dicho sitio y en los demás, y pusieron mil pesos á renta para una Misa solemne el día de la Santa Aparición.

Estos devotos casados, visitando el Santuario, y sabiendo que aquella cruz y su desaliño eran toda la decencia y no más de la tierra santa que al sagrado contacto de las plantas virginales de MARIA, siendo estéril produjo las milagrosas flores de que se formó su Imágen, hicieron á expensas suyas dicha Capilla. Salió muy perfecta con el Retablo que dije y adornos de altar curiosos, y ha dado mucho ser y lustre al sitio de Guadalupe, y con la ocasión de este Oratorio, se ha facilitado la subida á la cumbre, que era muy áspera; y se labró y puso una Cruz donde estaba la otra más antigua, que hace labor al edificio de dicha Capilla.

El último adorno, y que hubiera sido como el lleno y complemento de lo material del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, es el que se empezó á disponer en los diez años que yo falté de estos Reinos. Este se ideó y trazó, de quince Oratorios ó Padrones, dedicados en reverencia de los quince misterios del Rosario

de la Virgen Nuestra Señora, repartidos á iguales trechos por la calzada que sale de México y remata en la puente de Guadalupe, como una Vía-Sacra, pero más apacible, sino es que le llamemos camino de flores para el Cielo, porque sus flores habían de ser flores del AVE MARIA. El fin era, que en los días de más frecuencia y de más devoción, que son los de las fiestas de Cristo y de su Madre, y los sábados, pudiesen los que van á visitar la Santa Imágen de Nuestra Señora, ir rezando su Rosario de quince misterios, un misterio en cada Oratorio, empezando en el primero y acabando en el último, ó desde el uno al otro, un decenario, para acabar el Rosario y hacer ofrecimiento, en la Santa Iglesia de Guadalupe, conforme su devoción les dictara; de que se conseguiría fuesen á la Santa Casa, con el silencio y devoción que pide Santuario tan venerable. En cada Ermita se había de pintar, como se pintó en las que se erigieron, á todo primor el Misterio, que había de ofrecerse al llegar á ella, después de haber rezado las diez Ave Marías y un Padre Nuestro. Serviría este Santo ejercicio, de excitar la piedad y el afecto á la Santísima Virgen; con este piadoso entretenimiento se les haría el camino breve y gustoso á los peregrinos del Santuario, y se hallarían, en llegando á él, con una corona de tantas fragantes rosas, como Padre Nuestros y Ave Marías hubiesen rezado, esmaltadas de los finos colores de sus afectos, gozosos, dolorosos y gloriosos, con que coronar á la Santa Imágen; con cuyos colores se volvería á pintar en las almas devotas que practicasen este santo ejercicio, con más viveza y gracia que en la tilma de Juan Diego.

Empezóse esta buena obra, como se ve en los Humilladeros que están acabados, y en los que están principiadados y por acabar, con fervor y liberalidad; pero como lo que depende de muchos no puede llevarse con debida perfección en faltando algunos y no concurrendo todos, esta santa empresa se quedó á medio hacer. Podrá ser que Dios, que la inspiró para honra de su Madre, y es dueño de las voluntades de los piadosos ricos, la promueva cuando convenga. El Doctor Don Francisco de Siles, Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia, cuya memoria será eterna en México, como lo es (así lo creo piadosamente,) en el Cielo, porque fué de los sacerdotes más ajustados en su vida, y más devotos de la Soberana Reina del Cielo que ha tenido el clero de esta Ciudad, me comunicó mucho tiempo antes que se diera principio á él, aqueste devoto asunto, el cual no pudo poner en ejecución, porque muy poco después se lo llevó la Santísima Virgen á pagarle en el Cielo lo que deseó adelantar la devoción de su Santuario en la tierra; pero como las cosas de Dios dependen de su infalible Providencia, la cual no falta porque falten los instrumentos de que se sirve en su cumpli-

miento, dió calor y aliento á algunas de estas Capillas de tanto crédito y obsequio para su Madre, alentando á las personas que las han fabricado, el señor Doctor Don Isidro de Sariñana, sucesor suyo en la Canongia, después Ilmo. Obispo de Oaxaca, en donde hoy está con los créditos que merecen sus prendas relevantes. Trabajó lo que no es decible en su erección, y aunque se hicieron las que he dicho, aún están por acabar algunas y por empezar otras.

El Ilmo. y Exmo. Sr. D. Francisco Payo de Rivera, Arzobispo Virrey de México [de cuyo celo en ambos gobiernos y desvelo en el bien público se pudiera escribir mucho, aunque todo fuera poco para sus grandes merecimientos) tengo por cierto, que si no fué el autor único, fué quien con singular afecto influyó en el asunto y obras de estas Capillas con su poderoso concurso. Acabó el oficio de Virrey y renunció la dignidad de Arzobispo, é hizo falta de todas maneras á la prosecución de dichas Capillas. Fué como el fundamento de ellas, el aderezo de la antigua calzada que llaman de Guadalupe, que el tiempo había reducido al estado que otras cosas antiguas, á la cual, la vigilancia de este Príncipe de la Iglesia, restituyó el ser y la forma que había perdido, renovándola, ó la que es más cierto, haciéndola de nuevo, tan fuerte, tan acomodada y capaz, que puede dar lugar á quince Capillas de bastante espacio, sin estorbar el paso á los coches que por ella pasan para el Santuario y para otras partes de fuera de México. Hasta esta provechosa temporalidad le acarreó á México la santa devoción que se pretendía de los quince Oratorios, los cuales sirvieran no ménos de aliento y fervor á la devoción, que de comodidad y descanso al viaje de Nuestra Señora de Guadalupe, en las paradas que en ellos se harían. Discurriera más largamente la pluma en obra tan grata á Dios y á los hombres, si como se empezó con aplauso, se hubiera proseguido y acabado con empeño. Vendrá tiempo en que su perfección dé asunto y materia á algún escrito.

Este es el estado que hasta el año presente en que se escribe esta historia tiene la Santa Casa y dichoso sitio de Nuestra Señora de Guadalupe, donde es, (son formales palabras de aquella elocuente Relación que se imprimió en la Puebla de los Angeles, de que hablaré después) todo el recreo espiritual de México, las visitas, novenas, romerías, asistencias, concursos, devociones, lágrimas, suspiros, rogativas, confesiones, comuniones, jubileos, misas, procesiones, salves, músicas, promesas, votos, limosnas, memorias y prendas de los fieles; milagros y favores de la Santísima Virgen, como en un pedazo de Cielo y como en lugar escogido de esta Señora para asilo de nuestros trabajos, y para trono y solio de sus misericordias y beneficios.

CAPITULO X.

En que se propone, que la Imágen misma es el principal argumento que persuade la verdad de esta Historia.

La conservación, dicen los filósofos, no se distingue de la propia acción, que llaman producción; con que si la conservación es milagrosa, será milagrosa la producción. Todo cuanto se ve y admira en la Santa Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, ó es milagro, ó cosa que al juicio humano lo parece. Su peregrina belleza, tan constante y permanente después de ciento y cincuenta y seis años [1] en sitio tan achacoso para pinturas, sus visos tiene de incorrupción; los milagros que ha obrado y los efectos milagrosos que cada día obra en los que la visitan, invocan y adoran, crédito es de la fé piadosa que tienen de su prodigioso origen. Digamos algo de su hermosura.

Es tan superior la de su rostro y talle, acompañada de tan extremada modestia y compostura, que arrebatada los ojos, embelesa los entendimientos y se roba los corazones, tan insensiblemente, que lo mismo es poner en Ella la vista, que quedar presa en su afecto la voluntad. Sólo quien la ha visto, y experimentado este su poderoso atractivo [que creo son todos los que entran con reverencia en su Templo] puede hacer entero concepto de esta verdad. No pocas veces he prorrumpido al mirar y admirar esta Soberana belleza, en las palabras que de la hermosura de su original, dijo San Agustín, añadiendo una: *Si forman Dei Matris te apellem, digna existis.* Si digo de tu belleza ¡oh Imágen bendita! que así es la hermosura de la Madre de Dios, de que eres fiel copia, no será fuera de lo que mereces: *Digna existis.*

Muchos Santuarios de Imágenes de esta Señora, así de pincel como de talla, y todas en la estimación asentada milagrosas, he visitado por mi devoción en lo que he peregrinado de casi toda la Europa. En ellas he experimentado aquella piadosa y sensible afección que en los fieles, aunque sean los más distraídos, excita la piedad y amorosa reverencia de la Madre de Dios, representada visiblemente en sus Imágenes, y con más poderosa emoción en las que tienen crédito y aplausos de milagrosas; pero aquella vehemente inmutación de sentidos y potencias en todo el hombre exterior é interior que se siente entrando en la Santa Casa de la Madona de

(1) Hoy, trecientos sesenta y cuatro años. Por el solo lapso del tiempo, ha aumentado y robustecidose la fuerza probatoria de este argumento del autor.—E. E.